

LA HISTORIOGRAFÍA: T. LIVIO

Los primitivos historiadores romanos escribían en griego, dado que era la lengua en que se entendía toda la cuenca mediterránea. Pero los romanos, orgullosos y conscientes de que su pasado formaba parte del mundo como el griego, quisieron que su historia se contara en su propio idioma. Estos autores comienzan su relato con la fundación de Roma y lo siguen hasta su propia época.

La primitiva prosa latina no tuvo una intencionalidad literaria, sino un carácter práctico. Se remonta a los primitivos documentos de carácter público y privado. Los primeros historiadores romanos dieron a sus obras el nombre de *Annales*, imitando las actas anuales de los pontífices (registro de los acontecimientos más importantes de cada año realizado por el sumo sacerdote, *pontifex maximus*). Por eso, a los primeros historiadores romanos se les ha llamado analistas. Se considera a **Fabio Píctor** (siglo III a. C.) el primer analista romano, aunque su obra fuera escrita en griego. La historiografía romana, como género literario y escrita en latín, nace a finales del siglo III a.C., durante la Segunda Guerra Púnica, como arma política y propagandística contra la rival de Roma, Cartago. El primer historiador romano que escribe en latín es **Catón** (234-149 a.C.).

Pero en Roma el afán de veracidad de la historiografía se ve limitado por:

- el **patriotismo**: les impide ser imparciales.
- el **carácter moralizante**: la historia es transmisión y perpetuación de *moribus maiorum*. Cicerón consideraba este género como *historia magistra vitae*.
- la inclusión de **elementos propios de la tradición** (*traditur*: se dice, se cuenta) y de narraciones fabulosas.
- el **compromiso político** de los autores: parcialidad, partidismo, propagandismo.

Uno de los mayores historiadores romanos fue, sin duda **TITO LIVIO**. Nació en Padua en el 59 a.C. y murió en el 17 d.C. también en Padua. Su familia pertenecía a la nobleza provincial de esta ciudad, famosa por conservar las costumbres severas de los viejos tiempos, respetar profundamente la religión y tener un acusado sentido de casta, mayor aún que el de la nobleza de Roma.

Sus primeros estudios de retórica los hizo en Padua y los amplió en Roma. Durante su vida se sucedieron la dictadura de César y los triunviratos, y pese a ser republicano convencido, fue uno de los amigos de Augusto a quien alaba por haber restaurado los templos y llevado la paz al mundo.

Ab urbe condita es el título con el que se conoce la obra de Livio. El proyecto inicial era ambicioso y desproporcionado para un solo historiador: narrar la historia interior y exterior de Roma, desde su fundación (*ab urbe condita*) hasta la muerte de Augusto, en ciento cincuenta libros. En ello empleó unos cuarenta años y es posible que la muerte o la enfermedad no le permitieran lograrlo, ya que la obra comprende sólo **142 libros**. De esos 142 libros se han perdido 107, y salvo ligeras lagunas en un par de ellos, los 35 que quedan están completos.

El azar ha hecho llegar hasta nosotros la parte referente a los orígenes de Roma y su primera época hasta la tercera Guerra Samnita (Libros I-X), la segunda Guerra Púnica (Libros XXI-XXX) y la historia de Roma hasta la conquista de Macedonia (Libros XXXI-XLV).

Para poder hacer frente a tan ingente obra, Livio leyó a los historiadores romanos de todas las épocas (como los analistas, Catón), tendencias y opiniones, incluso leyó a los griegos (Polibio) tanto a los favorables a los romanos como los favorables a los cartagineses.

Livio es un historiador de gabinete, un lector infatigable, que no viaja ni conoce los escenarios en donde tienen lugar los hechos que describe. Su método consiste en leer las obras de sus predecesores, en elegir de entre las diversas versiones de los hechos la que le parece más verosímil

o en transcribirlas todas, cuando no se atreve a pronunciarse por ninguna de ellas.¹ En cuanto a los documentos, los oficiales no despiertan en él interés alguno. Si no los tiene, no se molesta en buscarlos, y cuando dispone de ellos, no los transcribe textualmente, para no romper la armonía del conjunto. Por otra parte, Livio sabía perfectamente que el valor histórico de los documentos, tanto públicos como privados, era bastante discutible.

En el prólogo de su obra Livio nos explica la finalidad de su obra: superar a sus predecesores, faltos de técnica literaria, y hacer ver cómo Roma ha caído en la presente degeneración moral y está condenada a un hundimiento inevitable, a no ser que vuelva a las antiguas virtudes nacionales que la hicieron tan poderosa. Con esta pretensión, Livio se asocia al movimiento promovido por Augusto en pro de una restauración moral y cívica de Roma. Este movimiento intenta remontar a las fuentes de la grandeza de Roma en todos los aspectos: religioso, literario, moral y patriótico. Considera que la *pietas* (respeto a las tradiciones, a los ritos ancestrales, que servía para mantener el difícil e inestable equilibrio entre lo humano y lo divino.) y la *virtus* (“disciplina”, es decir, el dominio de sí mismos, de la propia naturaleza humana, era un concepto que no tenía ningún componente religioso actual, sino que era muy humano) son fuerzas que por necesidad interior llevan a un pueblo a la prosperidad, por tanto, el engrandecimiento de Roma está apoyado en esas virtudes de sus antepasados (*mos maiorum*). Tito Livio se complace en presentarnos un arquetipo del romano antiguo como hombre heroico, laborioso, tenaz y amante de la justicia. El abandono de la *pietas* y de la *virtus* lleva a un pueblo a la decadencia. Por todo ello **denuncia la corrupción moral del final de la República**, en la que encuentra el germen de la ruina del pueblo.

Tito Livio pretendía crear, como historiador, una **obra artística**. No obstante, supo subordinar siempre esta intención artística a las exigencias de la fidelidad histórica. Su brillante estilo se caracteriza por los periodos densos y simétricos, expresiones poéticas, comparaciones, metáforas vivas y atrevidas,... entre otros recursos de estilo. Su estilo contrapone a la *brevitas* de historiadores como Salustio lo que Quintiliano denominó *lactea ubertas*: amplitud y riqueza de los periodos y todo el ornato propio de la prosa artística.

Naturalmente, el estilo no se mantiene uniforme a lo largo de su extensa obra, escrita en un período de aproximadamente 40 años: los 10 primeros libros son los que tienen un estilo más poético, quizás debido al carácter legendario del contenido narrado. La tercera década (libros XXI - XXX) alcanza una perfección casi épica. Las décadas siguientes pierden en brillantez, pero ganan en solidez oratoria.

El **lenguaje**, en muchos aspectos, se acerca más al de la última época de la República que al del tiempo de Augusto. Aunque algunos contemporáneos le reprochaban su *patavinitas* (por ser oriundo de *Patavium* = Padua), es decir, el empleo de formas dialectales, su obra se convirtió en **modelo de prosa clásica**. A diferencia de Salustio, Livio sólo utilizaba arcaísmos cuando pretendía dar la impresión de antigüedad.

Por otra parte, siguiendo la costumbre de los historiadores anteriores, introdujo numerosos **discursos** en la narración histórica, inventados por él conforme a las normas de la Retórica. Sus discursos han sido admirados desde siempre por su gran riqueza y flexibilidad en la expresión.

Elevada a la categoría de clásica, modélica, ya por sus contemporáneos, imitada, resumida y comentada por los historiadores posteriores, la influencia de la obra de Tito Livio ha excedido el campo de la historiografía para proyectarse sobre el del pensamiento político en todas las épocas, desde Dante y Maquiavelo hasta Montesquieu y los protagonistas de la Revolución Francesa.

